

simulación y, en el fondo, carga de día en día, cada vez más, sus perfiles de dramaticidad o de tragedia.

Cristóbal Mendoza reconoce, así, que, en la guerra federal, "federalismo y centralismo eran abstracciones sin trascendencia, pues lo que importaba era la lucha contra los terratenientes a quienes se perseguía en los campos como a alimañas: que se buscaba el reparto de la tierra, el aniquilamiento de los privilegiados en lo económico". El propio Mendoza, que parece captar cuanto de unitario hay en el proceso histórico-social venezolano, reconoce también lo incompleto de ése como de otros movimientos independentistas latinoamericanos, pues "desgraciadamente, la guerra federal, que alguno considera como segunda independencia, dejó al país desangrado y exhausto, no logró hacer efectivas sus aspiraciones y, en cuanto no dio al país una efectiva institución federal que lo salve de conmociones, mantiene sus aspectos polémicos". Un proceso abierto al que se suman hoy nuevos elementos problemáticos procedentes del contexto internacional...

¿Una nota pesimista como la recogida por Augusto Mijares en su *Interpretación optimista e interpretación pesimista de la historia latinoamericana?* Digamos, más bien que es una nota realista... y esperanzada, pues si la polémica de entonces permanece viva —y en el grado en que permanezca viva—, el proceso puede reanudarse y, superando obstáculos internos y externos que impulsan al desaliento o a la simulación, puede conducir a la culminación de un movimiento independentista que en Latinoamérica hemos creído —siempre— consustancial de nuestro ser.

Charles C. Griffin: *El periodo nacional en la historia del Nuevo Mundo*. Versión castellana de Emilia Romero de Valle. México, D. F., 1962. pp. 278.

Los esquemas preliminares para el estudio del periodo nacional en la historia de América fueron preparados por John W. Caughey, María del Carmen Velázquez, Eugenio Pereira Salas y Américo Jacobina Lacombe, cuyo esfuerzo de enmarcamiento teórico es reconocido por el autor desde las primeras líneas de un enjundioso estudio que ha sabido vertir en limpia prosa castellana la diligente Emilia Romero de Valle.

A partir de esos esquemas, Griffin considera que es posible establecer cuatro divisiones cronológicas: definida, la primera, por los movimientos independentistas de fines del XVIII y principios del XIX; la segunda, por la larga serie de conflictos internos que conducen a la consolidación política y que terminan hacia 1870; la tercera, caracterizada por un crecimiento económico que es verdadero desarrollo capitalista de una parte del continente (constitución de un centro y una periferia económica) y la cuarta, plena de cambios (tanto evolutivos como revolucionarios) producto de una búsqueda de soluciones a "problemas críticos de justicia social, desarrollo económico y orden internacional.

A fin de estructurar el estudio de cada uno de estos periodos, el autor ha decidido diferenciar: 1, las influencias externas, que son las que proporcionan, frecuentemente, elementos de unificación histórica continental; 2, las diferencias locales de las reacciones americanas ante acontecimientos parecidos; y 3, ciertos aspectos nacionales o regionales de irradiación continental (como el intervencionismo estadounidense en Latinoamérica entre 1898 y 1933, y la Revolución Mexicana de 1910).

En el reconocimiento de las influencias externas, Griffin acepta una orientación de Silvio Zavala: reconoce que no sólo Europa, sino también Asia y África han tenido influencia significativa en América; que en este continente, la civi-

lización ha generado fuerzas nativas; que ciertas tendencias suyas han tenido poder de irradiación —desde focos locales— a ámbitos continentales y mundiales, y que, incluso, con el paso del tiempo, la fisonomía americana se ha afirmado, borrándose paulatinamente rasgos que había dejado impresos, en ella, el primer choque de civilizaciones de fuera. De este modo, llega a reconocer que “la América del XIX era mucho más europea que la América de hoy”.

Griffin asienta algo más; algo que tiene que parecerle evidente al historiador, pero que no puede aceptar sino parcialmente el sociólogo; que tampoco puede admitir el filósofo de la historia. “Los pueblos americanos tienen una parte común; pero es sólo una parte de su historia.” Es cierto, sólo una parte de su historia; pero —aun en diferentes niveles— sus estructuras sociales son similares y las diferencias de nivel disminuyen con el tiempo. Sólo una parte de historia común; pero, también, un gran conjunto de aspiraciones —no por intrahistóricas menos reales— parecen constituir, a través de la existencia de una casualidad entelequial, un polo atractivo que unifica los esfuerzos de todos estos pueblos. Pueblos —especialmente los latinos de América, aunque no únicamente ellos— a los que en el momento actual dispersa y une (en una polarización sociológica) el mismo caso de Cuba. Pueblos que parecieron marchar unidos en el servilismo; que parecen desunirse al realizar sus esfuerzos de plena independización; que han de volver a unirse —ya no en apariencia, sino en realidad— en el logro (y antes del logro en la batalla por el logro) de su independencia plena: del reconocimiento de su interdependencia plena digna, con lo cual quedan abarcados no sólo los latinoamericanos sino los mismos angloamericanos que, fuera de esa interdependencia, mal pueden considerarse —incluso en su poder— verdaderamente independientes.

Esa independización de los pueblos americanos: de los anglo-, de los franco-, de los hispano-, de los luso-americanos, se inicia en 1775, con el estallido de la revolución en las colonias inglesas. Y, la independencia política se realiza en diferentes puntos del ámbito americano con grados diferentes de violencia, de costo y de pena: violencia suma, cuando, como en Haití, se le suma el conflicto racial; mayor costo y pena en Hispanoamérica que en Angloamérica; mínima violencia, costo y pena (quizás diferidos para los días que corren) en Brasil, a través de la continuidad establecida por la monarquía.

En América, bajo apremios tal vez desconocidos en otros rumbos del planeta, más que en esos otros rincones, los hombres de acción se ven obligados a pensar en medio de la lucha, y los hombres de pensamiento se ven obligados, frecuentemente, a actuar para poner a prueba —haciéndolo chocar con la dura realidad— su pensamiento. Es así como, a partir de bases europeas, en la búsqueda de soluciones a problemas americanos, surgen los grandes ideólogos del continente, llámense Jefferson en Estados Unidos de América o Bolívar en Latinoamérica.

El periodo corresponde a una gran divisió n de la historia mundial. Revolución Americana aquí; caída del Antiguo Régimen, allá. América queda, finalmente, como “plaza fuerte del republicanismo y el liberalismo en un mundo de reacción”.

En un segundo periodo, el nacionalismo se desarrolla y se afirma, y frente a los esfuerzos por revivir en el continente influencias europeas, responde victoriosamente. La ideología, en el periodo, es liberal; pero, el liberalismo sólo en parte se practica; en cambio, dominan la escena héroes místicos, caudillos carismáticos. Gran Bretaña, si ya no domina, sí influye económicamente. El periodo es de progreso material, y América se convierte, para millares de europeos, en foco de esperanza; para los asiáticos, llega a ser

una parte de Occidente, pero "menos amenazadora y más promisoría" y hasta los africanos se olvidan de ella como infierno esclavista.

De 1870 a 1918, ya no es la influencia española, ni lo es la inglesa; se trata ya, de la influencia, del predominio, estado-unidense. Las líneas evolutivas de Estados Unidos de América y de Latinoamérica parecen separarse. La expansión capitalista estadounidense conduce a la urbanización y la industrialización, al materialismo, al filisteísmo. La evolución latinoamericana lleva a un constitucionalismo creciente, a una estabilidad en aumento, a un sentimiento más neto de unidad cultural. Para Europa, que atiende más a la evolución espectacular de Estados Unidos de América que a la menos aparatosa de Latinoamérica, y que, a la distancia, caricaturiza ambas, llega a considerar a América como "un gran desierto cultural, de enormes recursos", desequilibrado por la violencia estadounidense; por la inestabilidad latinoamericana. En el panorama internacional, con todo, América "gana la delantera a muchos otros países a través de su institución de medios de solucionar pacíficamente los conflictos internacionales". ¿Institución más jurídica que política? ¿Más aspiración que realidad? O ¿más imposición del fuerte sobre los débiles, que plena aceptación por parte de todos? ¿E imposición de un procedimiento inoperante en el momento en que el verdadero conflicto hace su aparición en el panorama internacional americano? Preguntas demasiado arduas para un modesto reseñador.

De 1918 a 1950, en lo interno, hay una creciente incorporación de las masas en la vida social, política, cultural, económica, de los países americanos y, hacia el exterior, se producen una serie de influencias: estadounidenses, en lo político; mexicanas, en lo pictórico; brasileñas, en lo arquitectónico.

Sin embargo —aunque no lo anote

Griffin— en el mismo ámbito internacional aparecen diferencias importantes entre las antiguas colonias inglesas y las antiguas colonias españolas. Mientras las primeras han mantenido vínculos con la antigua metrópoli, con los asociados de ésta en la Comunidad Británica, y con sus dependencias, los países latinoamericanos se han creído obligados a aflojar los que los unían a su antigua metrópoli, con lo que han disminuido las posibilidades de irradiación mundial de unos y de otra: posibilidades que parecerían inscritas en su misma vocación histórica. Que el repudio de un régimen político no puede ni debe conducir a que se cieguen los canales de mutua fecundación entre los pueblos. Trátese de la España de Franco o trátese de la Cuba de Castro —por debajo o por encima de todas las antipatías que unos y otros pueblos latinoamericanos puedan sentir hacia sus respectivos regímenes políticos— es deber de solidaridad, dentro de la gran comunidad de pueblos a la que pertenecen, mantener todos los restantes vínculos —los vínculos que unen nación a nación, pueblo a pueblo— y, a través de la unión que los mismos propicien, es deber suyo desempeñar el papel histórico que les corresponde en el ámbito internacional.

Es el de Griffin, indudablemente, un estudio bien estructurado, paciente, concienzudo, que ni nos entrega un *totum revolutum* de hechos, nombres, fechas, ni busca, bárbaramente, someter a unidad todo lo que, en su variedad y riqueza, nos ofrece el periodo nacional de nuestro continente. Ese estudio nos servirá a todos —a los de allende y a los de aquende el Bravo— para que tomemos conciencia de nuestra interdependencia mutua y digna, y para que cada uno de nosotros, por nuestra parte, reconozcamos que el establecimiento de unos puros vínculos continentales —de raíz geográfica— que no se conjuguen armoniosamente con otros lazos extra-continetales —de raíz histó-

rica— o con una tercera clase de eslaboramientos también mundiales —enraizados en necesidades económicas—, no puede conducirnos sino al empobrecimiento de nuestra propia realidad, a nuestro propio envilecimiento. El mismo tendrá que ser perjudicial: para unos y otros americanos; para el continente, en su conjunto; para la humanidad que vive, ha vivido y vivirá en el mundo como un todo.

Archibald R. Lewis and Thomas F. McGann: *The New World looks at its History*. Proceedings of the 2nd International Congress of Historians of the United States and Mexico. University of Texas Press, Austin. Published for the Institute of Latin American Studies. The University of Texas. pp. 220.

El Segundo Congreso Internacional de Historiadores de Estados Unidos de América y de México, cuyas son estas actas, trató de develar algunos de los rasgos característicos, algo de la naturaleza especial de la historia del Nuevo Mundo.

En el intento, se descubrió que existe una notable falta de conexión entre antropólogos y arqueólogos, por una parte, e historiadores por otra; que la desconexión es más notable en Estados Unidos de América que en México y que un primer esfuerzo para subsanar esa situación podría consistir en estudiar las culturas precolombinas del actual territorio estadounidense situado al occidente del Mississippi.

En efecto, se reconoció que “los historiadores que se ocupan de México, Perú, la Escandinavia vikinga, la antigua Meso-Asia o el Mundo Clásico han captado desde muy pronto las contribuciones de los arqueólogos para su comprensión de la historia, cosa que es menos cierto de los estudiosos de Estados Unidos de América y la Europa Moderna”.

Las contribuciones, en este sector son

obra de T. N. Cambell y de Frank H. H. Roberts Jr.

La reunión de historiadores reconoció también, la necesidad que hay de entender las culturas de los colonizadores europeos y su influencia en la modelación de un sistema de pensar.

En particular, los organizadores se interesaron por el concepto medieval español de la frontera. Para el efecto, lograron la colaboración de Claudio Sánchez Albornoz, quien escribió sobre “La Frontera y las Libertades Culturales”. Su estudio se completó con el de Charles Julian Besliko sobre “El Castellano como hombre de planicie”, así como con las observaciones de Phillippe Wolf, de la Universidad de Tolosa.

Wolf considera que, por lo menos existen tres concepciones de frontera: el antiguo, europeo, de límite político y militar; el que la asimila a territorios vacantes que ocupa y desarrolla una sociedad en expansión y el que quizá sea más moderno, de zona de contactos socio-culturales. En Europa, según Sánchez Albornoz, es la frontera medieval española la más próxima a la concepción americana de frontera (las fronteras ganaderas de Andalucía se duplican en los reinos ganaderos de Argentina, Uruguay y México); pero, igualmente, debe reconocerse que esa frontera, como zona de contactos culturales “no careció de efecto sobre la vecina Francia e incluso sobre todo el occidente cristiano”.

El concepto medieval español de la frontera vendría a ser convergente con la concepción estadounidense y en la realidad las semejanzas y diferencias quedarían acentuadas en la cercanía de la hacienda del norte de México y del rancho del sur de Texas. J. C. Dykes es quien se encarga de describir este último en cuanto realidad en la que las fronteras occidentales de Estados Unidos de América y de México se unen y mezclan.

Los antecedentes los expone Ray Allen